

«Matar la idea»

Laura Eugenia Moreno

Buenos Aires, Argentina

“No hay barrera, cerradura ni cerrojo
que puedas imponer a la libertad de mi mente”.

Virginia Woolf

Tuve un sueño devastador. Hacía rato que no alcanzaba un estado onírico legítimo. Solo era una expresión de deseo: S o Ñ a R. Por más que me esforzara, que repitiera un mantra, escuchara música relajante, de esas que son para meditar. N a d a. Aunque cerrara los ojos, luego de haber disfrutado de una taza con leche tibia, lo que arrastraba conmigo, mezcla de euforia y dicha, telón de una mundana noche, me tenía seca de sueños.

Amanecía. Me debía a esas pocas horas, entre la luz débil que asomaba, hasta el anuncio del mediodía. Desde hacía años, que retenía la noche para poder escribirla, al punto de que dormía de día y ahí, los sueños, ya se saben, (al menos los míos), no van, no quieren ir.

Necesitaba de la escritura, como del aire para vivir. Las letras eran el oxígeno por donde la cánula transportaba la historia, el diálogo vivo, cada detalle. Su arquitectura. La escena, los acontecimientos, adentro de un concentrador.

Eso sucedía cuando yo, dueña de la noche, canturreaba una canción de cuna y la casa sucumbía ante mi voz. Se rendía para caer de rodillas. Se entregaba. Yo vitoreaba. Mi yo heroína, se sentaba frente a la pantalla y mis dedos extasiados, danzaban sobre el teclado.

Con la luz del día se apagaban las pocas posibilidades para sobrevivir. La tarea doméstica me llevaba a otro lugar, (que no dejaba de querer), aunque egoísta no me conformaba. Un alguien quería todo de mí. Por más que me esforzaba frente a cada plato y detergente. Entre el zarandeo de cada trapo sobre la mesa. La última barrida, cargaba no solo con los recuerdos, sino con la energía creadora. Mi cuota de libertad.

Así, transpirada y aturdida por las imágenes que asemejaban un collage absurdo, reconocía que estaba adentro de otra realidad. El día había llegado y no podía despegar los ojos. Consciente del peso de mi cuerpo hundido sobre el colchón, sacudía las manos como simulando soltar las amarras.

Entendí que la meditación había surtido efecto. No solo estaba dormida, había terminado la novela y soñaba algo sin precedente. No me gustaba el resultado. Ese “alguien” me había obligado a sentarme frente a la computadora, me estaba dictando el final de mi obra, con voz imperativa. No alcanzaba a verle la cara. Se escondía detrás de un velo con largos cables negros.

Triste era agachar la cabeza. Venía a cobrarse su parte. No aceptaba explicaciones. Buscaba un contrato que no existía. Todavía no había cobrado. Los ejemplares tardarían meses en llegar. Nunca había enviado la novela por correo a la Editorial Del Sur.

Mi momento de dormir era un regalo. Me estaba asustando. Taquicardia. Bradicardia. No lo podía precisar. Mi hija llegaría pronto de la escuela. No podía encontrar a su madre en la cama

¿Qué explicación le daría? Ya con lo del padre tenía bastante. Tampoco él pudo conmigo. Soportar la vida que le ofrecía lo había empezado a consumir.

Claro, yo había podido atender charlas técnicas, mirar partidos de fútbol de todas las décadas, escuchar imposiciones de un director técnico que tenía preferidos. Hasta curar alguna que otra herida. Y aprender qué posición ocupaba cada uno en la cancha. Conocer las arengas principales, saber de las Barras bravas, de cenas XL por cierre de campeonato, viajes y más. Yo sí pude, él no.

Como sea, ahí estábamos, ella y yo. No se quería ir. La echaba con una mano y la otra. Ella me exigía abrir el documento. Borrar. No había utilizado ninguno de los finales que le había pedido. Eso no se perdona, la escuché decir algo ronca. Estaba furiosa. Se sabía despechada. Nunca pensé en hacerle daño. Le pedía disculpas, más me rechazaba. Lloraba con un sentimiento genuino, le creía tanto que mis vísceras se abrieron en tres.

¿Cuántas horas llevaba así? No dejaba que me levantara de la silla. Reclamaba a sus anchas. Quería dormir. Era mi momento. Que se fuera, que me soltara, aunque bien sabía que eso no podía ser verdad.

Accedí, con la certeza de que haciendo lo que me pedía me dejaría en paz. Después de todo algo de razón tenía. La había utilizado. Intenté persuadirla, que entrara en razones, hablarle de mis buenas intenciones. Muy por el contrario, como respuesta me trajo un reloj para mostrarme que ya no tenía escapatoria. El tiempo terminaba.

La voz de mi marido se entrecruzaba lejos, con la de esa “entidad” que me ordenaba. Ya sabía su nombre sin

preguntarle. Había entrado antes en mi computadora. Una noche le pedí dos comienzos posibles para armar una atmósfera sensorial. Desde allí, jamás se marchó.

El día que dijo que sí quiero, en la salud como en la enfermedad, me sacudía como un cimbronazo. Ya no era ella, era mi marido acariciándome con su voz el día de la boda. Su resonancia iba y venía, como un pequeño vaivén de una ola que lucha por no romperse. Quería amarlo una vez más. Decirle que también lo sentía. Que era una simple rehén de la escritura. Una esclava. Que tanto él como ella me hacían muy feliz. ¿Por qué no podía entenderlo?

Mi cuerpo obedecía, más mi corazón no quiso soportar la última indicación. Obligada a cambiar el final por el que ella me había ofrecido antes, tuve que reemplazar ni nombre por otro. No conforme con eso, me sugirió otro título, otras descripciones, diálogos y un capítulo entero para que se comprenda un nuevo desenlace cerrado.

A mí, que siempre opté por finales abiertos, tales instrucciones eran señales de sometimiento. Me inflé, como un globo reutilizado, en la cama con espasmos. Reconocí que nunca llegaría la noche. Tenía hambre y sed. No estaba dispuesta a obedecerle, si eso significaba matar mi idea, mi proyecto.

En la hora de almorzar sin almuerzo, articulé lento y pausado dos nombres, que llevaba tatuados en la piel. Necesitaba ver a mi hija. Decirle que nunca deje de intentarlo. Que desconfíe. Que su papá era un buen hombre. Que lo sentía.

Él siempre me había dicho que los artistas terminaban sin cordura. Si no se suicidaban, andaban cerca. Que tomaban pastillas para dormir, que los nervios, lo excéntrico. Las horas que no se duermen bien por la noche, no pueden repararse, como tampoco la ausencia mía en esta cama, que no me deja despertar. La luz entra por los pliegues de la ventana. Los perros se habrán orinado adentro. Ya es muy tarde para cocinar, también para vivir.

«Matar la idea»

Laura Eugenia Moreno
Buenos Aires, Argentina

MENCIÓN DE HONOR

Ganadora de Categoría - Relato de Ficción
IV Concurso Escritura Creativa UPE - 2025

“El futuro de la inteligencia artificial: perspectivas críticas y proyecciones”



UNIVERSIDAD
PROVINCIAL
DE EZEIZA



Universidad
Pública
Argentina